

Un árbol de compañía

VOCES / ENSAYO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Clara Obligado y Raúl de Tapia, *Un árbol de compañía*

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-8393-372-5

Depósito legal: M-15020-2025

IBIC: WND

© Clara Obligado y Raúl de Tapia, 2025

© De las ilustraciones: Raúl de Tapia, 2025

© Diseño de cubierta: Julieta Obligado,
a partir de una ilustración de Raúl de Tapia, 2025

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2025

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Clara Obligado
y
Raúl de Tapia

Un árbol de compañía

Ilustraciones de Raúl de Tapia



*yo no soy nada
si no estoy al lado
de un ser querido
como un árbol
si no me dejo llevar por ellos no sé nada
soy tan torpe
tan torpe*

Caístulo¹

1. Caístulo vive en territorio indígena wichi, Argentina, entre el Chaco y las yungas, una comunidad de casas de adobe y nailon, sin luz eléctrica, junto a un pequeño monte rodeado de tierra arrasada. Con la pandemia cayó en coma en el monte. Después de once horas se levantó y empezó a cantar mensajes que le transmiten las madres, lo que solemos llamar árboles. Cantó en wichi ihamites, su lengua madre. También en castellano.

Movimiento por la lengua. Territorio wichi, 2022.

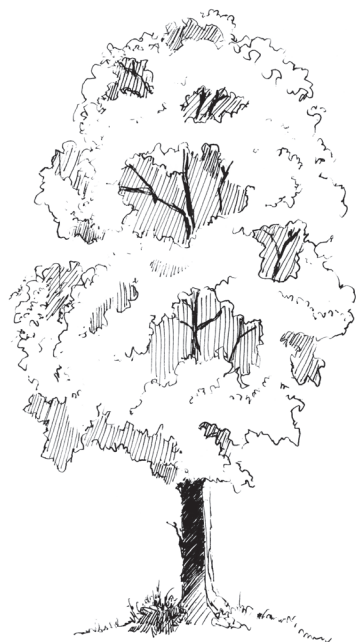
Para Isabel Castaño y Raúl Vacas, árboles de compañía.

*Para Juana Canevari, Teresa Videla y Silvia Navarro,
por setenta años de amistad.*

Empezar donde anidan las sombras, en su cavidad. Chopos que arañan el camino, un pájaro oscuro sobrevuela el trigal. Nubes que lo esconden todo. Las sombras crecientes de mis hijas, las manguantes de mis padres. La que me persigue desde que nací. Sombras sobre la mesa de este bar, en Viseu, que multiplican brillos e ideas. Bajo los tilos, en mi cuaderno, bailotean los espejitos del sol.

Me he tomado unos días de vacaciones y aprovecho para escribir. Es mediodía. Un aire delicado agita las teselas de los tilos que aletean su verdor. Parece una escena antigua. Hasta el kiosco que vende helados. Siempre me llega, en Portugal, la sensación de estar en un tiempo en el que pasó algo mejor. Sobre mi cabeza, las hojas del árbol son un corazón invertido, florecitas petulantes transpiran su fragancia. Es tan sutil el siseo de las hojas que subraya el silencio.

Parece que los tilos han llegado hasta la plaza para apaciguarme, bajo esta sombra,



que parpadea nada malo puede suceder. Tilo o tila, infusiones de paz. Bebedizos. Tazas que humean recuerdos entre las manos. La seducción de las plantas y su esencia volátil. Ese diálogo privado, de amor o de odio, entre el árbol y los insectos.

Cierro el cuaderno y pienso en Raúl, en este libro que intentamos escribir juntos. Fue algo que soñé y, sin darle muchas vueltas, se lo propuse. Él, y su pasión por los árboles. Yo, y los meandros del escribir. Han pasado los meses y ya no sé qué es más laborioso, si nuestra tarea a cuatro manos o hacernos lentamente amigos. Voy inventando la estructura de estas páginas como una forma de cercanía con Raúl. Los árboles y la edad me han enseñado a ser paciente.

Dicen que las plantas son capaces de oler, no con un órgano específico como nuestra nariz, sino con mil naricitas minúsculas. Vigilan, se informan, dialogan, convocan a los polinizadores o rechazan a los enemigos. Poco sabemos de este bullicio. En las estrías del tronco se atarean las hormigas.

Los tilos pueden vivir más de quinientos años. Si me comparo con ellos, soy joven. Si se comparan conmigo, soy insignificante: una mosca para un ser humano. Nuestra fecha de caducidad. Siento envidia.

Mi padre decía que un árbol que crece deprisa no tarda en caer, y la idea me sonaba más a lección de vida que a botánica. O lo contrario, como escribió Wordsworth:

Creció tan lento que morir no puede.

Tiempo hecho luz.

Le mando un mensaje a Raúl: «Buenas noticias: después de tachar dos páginas, he logrado por fin un párrafo que me gusta».

—Mañana dejará de gustarte —contesta—, y se ríe.

Empieza a conocerme. La amistad es también una intuición.

Me devuelve un audio con el canto de un pájaro, el secreteo de las ramas, un arroyo murmurando cristales trizados, sus pasos sobre la hojarasca. Se amontonan imágenes: fotos de un castaño que parece una catedral.

—Tienes que venir a verlo —me insiste—, y hacemos planes.

Hacemos tantos planes para este verano que ya se va, que no caben en lo que queda de él.

Notas, imágenes, geografías.

Durante el año viajo demasiado, doy clase. Escribo. Tengo una familia en Madrid, otra en Buenos Aires. Raúl trabaja mucho también, nunca entiendo del todo lo que hace. En medio de la dispersión, intento centrarme en nuestro proyecto, aunque muchas veces no lo logro. Vamos y venimos sobre estas líneas con una vacilación de equilibristas que se cruzan, se quitan el sombrero para saludarse:

—¿Cómo está, señora?

—¿Cómo está, señor?

Y siguen su camino.

Una red de sombras cubre los adoquines.

Buceo en otros textos:

¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción².

Son los claroscuros del barroco y sus dobles certezas. Masaccio comprendió que «sombrear» una figura es darle cuerpo, instalarla en la «realidad», nuestro cuerpo pictórico cobró volumen en su relación con las sombras.

Vagabundeo.

«Asombro»: acercarse a las sombras. El conocimiento es luz, y también una forma de adentrarse en lo oscuro. La sombra se define por la claridad.

2. Calderón de la Barca, *La vida es sueño*.

UN ÁRBOL DE COMPAÑÍA

En la cultura japonesa, preñada de matices, existe una palabra, *utsuroi*, que dibuja la relación secreta entre luz y penumbra, ese continuo fluir, sus fronteras débiles. Veo una película de Wim Wenders³ donde un hombre solitario, cuya ocupación es limpiar los retretes de Tokio, se distrae y atrapa la belleza observando las sombras de los árboles. Las fotografía. Las revela en blanco y negro.

También lee libros sobre árboles, oye música. Cumple con su rutina de manera perfecta y reviste todo de dignidad. Suceden las mil pequeñas aventuras de aquello que llamamos vida. No es mucho, o tal vez demasiado.

Esa manera de mirar al bies. Esa ternura.

Mientras escribo, pienso que me parezco a él. Mi vida transcurre sin sobresaltos. Tacho una frase. La vuelvo a escribir. Pasa el día. Vuelvo a tachar. Vuelvo a escribir. Soy como los niños que dibujan letras en el aire, las hacen volar. Pinzar el momento. Escribir un árbol.

*A veces escribo una palabra y me quedo mirándola hasta que empieza a brillar*⁴.

Si regreso dentro de una hora, ya no serán los mismos árboles, ni la misma plaza, ni la misma mesa, ni el mismo cielo. Las



3. Wim Wenders, *Perfect Days*.

4. Emily Dickinson, epígrafe de la novela *Hasta que empieza a brillar*, de Andrés Neuman.

hojas que se frotan no cantarán la misma canción, transformarán su misterio las infinitas variantes de la luz.

*Entremos más adentro, en la espesura*⁵.

Etimologías sombrías: sombreros, asombro.

«Sombra» viene del latín, *umbra*: umbral, penumbra, lumbre.

«Luz» es un sustantivo femenino en nuestra cultura, en otras, masculino.

Elucubrar: pensar a la luz de la vela.

Lustrar. Alucinar. Tener una idea brillante.

Parir es dar a luz. El útero, de donde venimos.

¿Es cóncava la oscuridad?

Sigo intercambiando mensajes con Raúl. Nuestro libro avanza poco y eso me frustra, creo que hablando de nosotros mismos vamos por buen camino, así que lo interrogo sin compasión. Me gusta escuchar y me gusta la gente que, sin abrumar, se expone. Cuya vida privada no es un secreto.

¿De qué nos escondemos? ¿Del juicio de los demás? ¿Qué cosas tan interesantes guardamos bajo la alfombra? No preguntar al otro por sus circunstancias se disfraza de buena educación, pero puede ser indiferencia. ¿Cómo ser escritora sin ser curiosa? La vida ajena. El otro y sus razones. Me cuesta ser amiga de alguien que no comparte su intimidad, que solo muestra una máscara. Esa forma tan elaborada de la distancia que es la cortesía.

5. Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*.

UN ÁRBOL DE COMPAÑÍA

Dice el libro de los Salmos: *¿A quién contaré yo mi tristeza?* El versículo se convierte en epígrafe de un cuento de Chéjov, en el que un cochero, que acaba de perder a su hijo, intenta que alguien lo escuche y, como no lo logra, termina contando su pena a un caballo⁶.

El arte de preguntar.

Calle abajo, los tilos sisean, parecen alentarme.

Raúl me recuerda que, una de las primeras veces que nos vimos, le solté, a bocajarro: «cuéntame algo que nunca le hayas contado a nadie». No recuerdo qué me contestó, pero esa pregunta inoportuna cimentó, de alguna manera, lo que vendría después.

Me gusta interrogar a la gente así, casi jugando, las respuestas pueden ser insospechadas: hay quien enrojece, quien tiene clarísimo qué es lo que no me va a contar jamás, quien me mira con odio y, también, quien se lanza a la piscina de las confidencias con un impudor que conmueve.

Acumulo infinitivos:

Entregar nuestro relato.

Darle forma y dejar que lo atravesase el aire.

Encontrar los vínculos sumergidos, someterlos a la tensión del lenguaje.

Escribir y filosofar son tareas para curiosos, la filosofía nace en espacios abiertos.

Imagino a Aristóteles, peripatético, uniendo la mente a los pies, paseando y pensando con sus discípulos bajo la sombra de los plátanos del jardín del Liceo. Imagino a Sócrates, a Epicuro, cuya escuela filosófica se llamaba «el jardín». A Platón, en el

6. Antón Chéjov, «Tristeza».